

lafia con fuerza. A veces Josina venía á la Créche-rie á buscar á Nanet, que pasaba allí días enteros; y aquel día justamente se presentó en el momento en que se trataba de su preñez y tuvo que responder á las preguntas. Sí, iba á cumplir los meses y ya se notaba mucho. Pero había visto á Lucas, y adivinándole tembloroso, aturdido en su silencio, la atormentaba el no poder hablar, no saber cómo gritarle lo que la hacía tan feliz. Adivinaba desesperada la duda terrible y sabía que con una sola palabra le hubiera calmado, encantado. La frase subía de su corazón, la ahogaba: «¡Es tuyo!» De un modo delicioso pudo decirselo en un momento en que las comadres, dejando de mirarla, volvieron á su charla; primero se llevó las manos al vientre, después á los labios y le mandó en un beso la certeza de su paternidad. Comprendió él y le invadió inmensa alegría.

Aquel día no pudieron hablar, no hubo más que la seña, el beso que acababa de unirlos. Pero Lucas se enteró; pronto supo los celosos furios de Ragú, sus violencias, la estrecha vigilancia en que encerraba á su mujer. Si aún pudiera dudar, estos celos hubieran bastado para probarle que él era el padre. En adelante, Josina era su mujer. Era suya, de él solo; puesto que el hijo era suyo. El esposo era el padre; el placer que se robaba á una mujer, no dejaba nada, no se contaba. Sólo un lazo ataba á la pareja, sólido, eterno: el hijo, la vida propagada, un sér nuevo nacido de la indisoluble unión de dos seres. Por eso él no tenía celos de Ragú, mientras éste rabiaba celoso; Ragú no existía; era el ladrón que pasa y que se olvida. Para siempre Josina pertenecía á Lucas; ya volvería á él; el hijo era la viva flor de ambos.

Pero desde entonces Lucas padeció mucho sabiendo que Josina, injuriada, maltratada, estaba en continuo peligro de un golpe desgraciado. No podía soportar que siguiera entre las manos brutales é infames de Ragú la mujer adorada para la que quería un paraíso de ternura, rodeándola del culto devoto debido á la madre que el hijo santifica. ¿Pero qué hacer, cómo llamarla á sí cuando ella se obstinaba, discreta, en seguir callando en la sombra para evi-

tarle cualquier contratiempo? Ni quería verle, temiendo una sorpresa, y tuvo que espiarla y sorprenderla para hablar algunas palabras.

Fué una noche muy oscura; Lucas, oculto en un ángulo muy sombrío de la miserable calle de las Tres Lunas, pudo detener á Josina un instante al pasar.

—¡Ah, Lucas, eres tú! ¡Qué imprudencia, amigo mío! ¡Te lo suplico, bésame y huye luego!

Pero él, tembloroso, la cogía por el talle, le hablaba al oído con voz ardiente:

—¡No, no! Josina, quiero decirte... Sufres demasiado; es en mí criminal dejarte así, á ti, tan querida, tan preciosa... Oye, Josina: he venido á buscarte, vas á seguirme para entrar en mi casa, en la tuya, como mujer amada, venerada, feliz.

Ya ella se abandonaba al abrazo de suavidad consoladora. Pero de pronto se separó.

—¿Qué dices, Lucas, no tienes juicio? Seguirte... ¡Dios mío! cuando tal confesión podría ser para ti tan peligrosa. Yo sería la criminal. ¡Vete pronto! Aunque me maten, no diré tu nombre.

Procuró convencerla de la inutilidad de tal sacrificio á la hipocresía del mundo.

—Tú eres mi mujer, pues yo soy el padre de tu hijo, y á mí es á quien debes seguir. Mañana, levantada nuestra ciudad de justicia, no habrá más ley que la del amor, la libre unión será respetada por todos. ¿Qué nos importa la gente á quien hoy escandalizaremos todavía?

Después, como ella se obstinaba en su sacrificio diciendo que para ella lo importante era el hoy, pues le quería libre de todo obstáculo, gritó él angustiado:

—Es decir que jamás volverás á mi lado, que ese hijo no será nunca mío, ante todos, á la luz del día.

Volvió ella á abrazarle y murmuró suavemente, los labios en los labios:

—Volveré cuando me necesites, cuando no sea un estorbo, sino una ayuda, con el hijo querido que será para los dos una fuerza nueva.

Y el negro Beauclair, el viejo lugar apestado de trabajo maldito, agonizaba en las tinieblas en torno

de ellos, bajo el peso de los siglos inicuos, mientras se comunicaban esta esperanza de paz y de ventura.

—Tú eres mi marido; en mi existencia no hubo más que tú; y si vieras qué delicia es para mí callar tu nombre, aun amenazada... ¡guardarlo como una flor secreta y como una armadura! ¡Ah, no me compadezcas, soy muy fuerte y muy dichosa!

—Tú eres mi mujer; te amé desde la primera tarde que te encontré tan miserable, tan divina; y si callas mi nombre, callaré el tuyo; será mi culto, será mi fuerza hasta la hora que tú misma proclames nuestro amor.

—¡Oh, Lucas, qué razonable, qué bueno eres y qué felicidad nos espera!

—Eres tú, Josina, quien me ha hecho bueno y juicioso, y porque te amparé una noche, seremos felices más tarde en la dicha de todos.

Sin hablar más, quedaron abrazados un instante. La sentía temblar toda, con su vientre sagrado de mujer fecunda, cuyas sacudidas le prometían la vida futura que había sembrado en ella; y ella se apretaba contra él, como para entrar, desaparecer en el esposo; y luego volvió invencible y gloriosa á su martirio; mientras él se perdía en las tinieblas, alentado, tornando á su batalla y su victoria.

Algunas semanas después, el azar puso en manos de Fernanda el secreto de Josina. Fernanda conocía á Ragú, cuya vuelta al Abismo había hecho ruido, y al cual, desde entonces, Delaveau afectaba estimar, empujar hacia arriba, habiéndole nombrado maestro pudelador, dándole gratificaciones, á pesar de su abominable conducta. Estaba Fernanda enterada del drama de los Ragú. Sin aprensión, el marido lanzaba, en voz alta, inmundas injurias contra su mujer, llamándola perdida públicamente. Corría esto por los talleres: ¿De qué compañero sería el hijo de Josina? Delaveau había hablado delante de Fernanda de lo que le molestaba todo esto, pues Ragú tomaba muy mal la cosa, rabioso de celos, trabajando como un loco, ya sin tocar un útil en tres días, ya matándose con la faena, braceando el metal en fusión con furia, como quien necesita golpear y matar.

Una mañana de invierno, ausente Delaveau desde la víspera en París, donde tenía que pasar tres días, Fernanda, al desayunarse, hizo algunas preguntas á su doncella, que le servía el té con tostadas. Estaba allí Nisa tomando su taza de leche y mirando golosa el té de su madre, golosina prohibida.

—¿Es verdad, Felicia, que han vuelto á reñir los Ragú? La lavandera me ha dicho que Ragú esta vez por poco mata á su mujer.

—No sé, señora; pero puede que hayan exagerado, pues acabo de ver á Josina pasar lo mismo que otras veces.

Tras de una pausa, añadió la doncella, marchándose:

—Eso no quita que la mate el día menos pensado, pues lo dice á todo el mundo.

Volvió el silencio. Fernanda comía lentamente, sin decir una palabra, perdida en sus negros pensamientos; cuando Nisa, en medio de aquel pesado recogimiento de invierno, pensó en voz alta, canturreando:

—El verdadero marido de Josina no es Ragú, es el dueño de la Crèche, ¡el señor Lucas, el señor Lucas, el señor Lucas!

Estupefacta su madre, levantó los ojos y la miró fijamente.

—¿Qué estás diciendo ahí? ¿Por qué dices eso?

Nisa, asustada por haber cantado sin querer, metía la nariz en la taza haciéndose la inocente.

—¿Yo? Por nada. No sé.

—¡Cómo que no sabes, embusterilla! No se te ha ocurrido eso porque sí; alguien te lo ha dicho, para que lo repitas.

Cada vez más aturdida, viendo las malas consecuencias del negocio, Nisa, terca y contra la evidencia, quiso insistir con la mayor frescura.

—Te lo aseguro, mamá; á veces canta una sin saber lo que dice, lo primero que se le ocurre.

Fernanda, iluminada de repente:

—¿Ha sido Nanet—dijo,—quien te ha dicho todo eso?

Sí, Nanet había sido. Pero ella, por miedo de que la riñeran si se descubrían sus nuevas escapatorias, volvió á mentir,

—¡Qué Nanet, Nanet! ¡Si no le veo desde que me lo prohibiste!

La madre, febril por el anhelo de saber, se suavizó de pronto. No pensó en castigar las escapadas de Nisa, ante el hecho importante de que quería estar segura.

—Oye, mona mía, es muy feo no decir la verdad. La otra vez te castigué porque mentiste. Ahora si dices la verdad, te prometo no castigarte. Vamos, sé franca, ¿fué Nanet?

Nisa, buena niña en el fondo, respondió al punto:

—Sí, mamá, Nanet.

—¿Y te ha dicho que el verdadero marido de Josina era el señor Lucas?

—Sí, mamá.

—¡Y él qué sabe! ¿Por qué dice eso?

Nisa, aturdida, tuvo que meter otra vez la nariz en la taza, por su inocencia de chiquilla.

—¡Oh! por ciertas cosas, por ciertas cosas... En fin, porque él bien lo sabe.

A pesar de los deseos de enterarse, se avergonzó Fernanda de las preguntas que hacía á su hija, y no insistió más, esforzándose en deshacer el efecto de la curiosidad brutal que había demostrado.

—Nanet no sabe nada; dice necedades, y tú eres una tonta repitiéndolas. Vas á hacerme el favor de no cantar jamás semejantes disparates, si quieres comer postre.

Acabaron de desayunarse silenciosas, preocupada la madre, contenta la hija de haber salido bien á tan poca costa.

Fernanda pasó el día en su cuarto reflexionando, discutiendo consigo misma. Primero se preguntó si lo que Nanet decía era la pura verdad. Pero, ¿cómo dudar? Quería mucho á su hermana para mentir; era que sabía, que había visto, oído. Y además, todos los pormenores reunidos, hacían la historia verosímil, evidente. Después, Fernanda pensó cómo podía utilizar semejante arma que la casualidad ponía en sus manos. Confusamente todavía, ideaba ya envenenarla, hacerla mortal. Nunca había odiado más á Lucas; De-laveau sólo había ido á Paris á ver si negociaba un nuevo empréstito; el Abismo peligraba más cada día;

y era una victoria seguramente suprimir á Lucas, que comprometía su vida de lujo y de placer. Muerto el enemigo, muerta la competencia; la derrota imposible. Con un celoso como Ragú, borracho, furioso, los sucesos podían precipitarse. Bastaría con hacerle sacar la navaja del bolsillo. Pero todo era soñar; ¿cómo realizar aquello? Avisar á Ragú, nombrarle al hombre que buscaba hacía tres meses, era el plan indicado; pero, ¿cómo avisarle? Pensó en un anónimo; cortar palabras de un periódico, las pegaría en un papel y esperaría la noche para llevar la carta al correo. Hasta empezó á cortar las palabras. De pronto le pareció el medio poco seguro, de eficacia escasa, porque un anónimo es frío, puede despreciarse. Si á Ragú no se le hería en lo vivo, de repente, irritándole hasta la demencia, no daría el golpe. Había que meterle la verdad en el cuerpo, arrojársela al rostro en tales circunstancias, que se volviera loco. ¿A quién mandar? ¿Dónde buscar el delator, envenenador? Desanimada; no encontró á nadie, y la sorprendió la noche buscando en vano, febril, ya enferma, por aquella tragedia con cuyo desenlace no daba.

Al acostarse, temprano, á eso de las diez, ya había tomado una resolución. Al día siguiente haría llamar á Ragú con el pretexto de preguntarle si dejaba á su mujer venir á coser á casa algunos días; y cuando estuvieran solos, tal vez ella encontraría modo de decirse todo. Pero tampoco esto la satisfacía; temía las consecuencias de esta revelación hecha abajo, en el gabinete de su marido ausente. Gozaba con la ausencia, todo el lecho era suyo y estiraba los miembros, fatigada por la fiebre. Se durmió al fin cansada, llena de dudas, y no dió cuenta de sí hasta las cinco; al dar el reloj esta hora, despertó de repente; boca arriba, los ojos muy abiertos en las tinieblas; volvió á sus reflexiones en el punto en que quedaban, y resolvió el problema al punto con audacia y claridad extraordinaria. Era muy sencillo, tenía que ir ella misma á la fábrica, con el pretexto ya inventado, para dejar caer la frase irreparable en el curso de la conversación. Justamente se había enterado; sabía que Ragú trabajaba aquella noche; de suerte que al ser

de día, hacia las siete, podría bajar y le sorprendería en el momento en que los relevos de día reemplazaban á los de la noche. Con la fiebre ya no discutía, tenía la absoluta seguridad de poseer la solución mejor; y lo que la empujaba era menos la razón que la sensación de mujer seductora, comedora de hombres, contando con la complicidad de los seres vivos y de las cosas en circunstancias que no hubiera podido decir, pero que de seguro vendrían. ¡Qué ansiedad de cinco á siete, anhelando el día tan lento en llegar! No volvió á dormir; daba vueltas en el lecho, abrasada con el afán de correr á la cita que ella se daba; y jamás cita de amor, anhelo de voluptuosidad nueva, desconocido, delirante, la había irritado con aquellos mil agujijones de fuego. No encontraba sitios frescos para sus miembros; atravesada, ocupaba el lecho entero con sus nudos graciosos de culebra esbelta, la camisa se le había subido con la continua agitación, y el espeso cabello suelto le tapaba el rostro ardoroso. No cejaba en su resolución: ni quería reflexionar, ni prever lo que pasaría. Nada de plan: Todo iría bien, estaba segura. Le parecía que el destino la arrastraba á sucesos necesarios que habían de ser obra suya, sin que pudiera negarse. Sólo sufría esperando, no sabiendo en qué matar los minutos, acabando por acariciarse á sí misma para aplacar un poco el fuego que le quemaba la piel. Sus manos pequeñas, largas, suaves, subían lentamente por los muslos, se detenían en el vientre, volvían á bajar, se deslizaban por todas partes con somero halago, volvían á subir, corrían á lo largo de las caderas, hasta el seno duro, donde se irritaban de pronto empuñando la carne, apretándola, con la exasperación aguda de no poder calmarse. Al fin, á las siete menos cuarto, la hora exacta que se había fijado, saltó del lecho. El frío de la alcoba la heló, y quedó muy tranquila, dueña absoluta de sí. Aunque apenas se veía, no encendió luz, ni siquiera abrió las persianas. Simplemente, se recogió el pelo y lo sujetó en la nuca; y sin corsé, se puso un holgado peinador de franela blanca que la envolvía toda, y calzó pantuflas de terciopelo también blanco. Y bajó como los días que tenía que dar alguna orden temprano.

Abajo, las criadas dormían todavía, aprovechando la ausencia del amo y contando con que la señora no madrugaría. Fernanda, con precisión de movimientos extraordinarios, atravesó el despacho de su marido, abrió la puerta de la corta y estrecha galería, por la que comunicaba el despacho con las oficinas del Abismo. Los empleados no venían hasta las ocho, y el mozo encargado de barrer se paseaba fuera en la carretera con el guarda, que fumaba tranquilo su pipa. Nadie la vió: atajó por medio del patio y entró en el taller de los hornos de pudelar, sin notarlo alma nacida. Como ella creía con certeza, las circunstancias la ayudaban, las cuadrillas nocturnas acababan de marchar, y las de día aún no habían venido. Para colmo de buena suerte, Ragú, que se había retardado con la furia del trabajo, quedaba solo, mudando de ropa. Fernanda, aunque conocía el camino, jamás se había aventurado así en este negro imperio del hierro y del carbón; le daba mucho asco tanta suciedad unida á tanta bajeza. Vaciló turbada cuando tuvo que entrar con su peinador blanco y los blancos pantuflitos en el inmenso agujero obscuro del taller de pudelaje. La luz naciente apenas entraba allí; sólo dos hornos encendidos rasgaban el humo con dos rayos de astro. No sabía dónde pisar entre los cenagosos charcos, sobre el suelo ennegrecido del polvo de carbón obstruido por lingotes de hierro. Un acre olor compuesto del gas de los hornos y de emanaciones humanas le apretaba la garganta. Entró, sin embargo, y de pronto vió á Ragú que se dirigía á la barraca de tablas donde los obreros colgaban la ropa. Toda la noche había braceado el acero con furia, buscando olvido, aniquilarse, meneando el espetón como un arma con que hubiera acuchillado al mundo. Aún estaba empapado en sudor, y no traía sobre sí en aquel momento más que una camisa y un simple mandil, y antes de ponerse su traje de calle se bebió su cuarto litro, excediéndose de su habitual ración de la noche, empuñando la botella ébrio de vino, de fuego y de ira mal fermentada. De pronto vió á Fernanda, una mujer toda blanca, en la negrura horrible del taller; quedó tan asombrado con tal aparición, que avanzó para darse cuenta

Fernanda; reconociéndole, empinada la botella, vaciándola, se había detenido aún más tranquila. Estaba medio desnudo, la camisa abierta por el pecho, muy blanco; los brazos dejaban ver su piel hasta los hombros; la piel fina y brillante de los rojos que contrastaba con fuerza con el tono de la cara, congestionada, ya cocida por el fuego. Se había dicho ella que para acercarse le esperaría á que se hubiese vestido. Pero no pudo evitarle, pues él venía á ella y tuvo que tratar el asunto inmediatamente.

—Soy yo, Ragú; tengo que preguntarle una cosa, y como sabía que estaba usted aquí...

Seguía él pasmado al verla molestarle de aquel modo viniendo á buscarle, y continuó mirándola con la boca abierta.

Ella misma, pero sólo entonces, comprendió lo absurdo de aquel paso; pero sin pensar en ello ni tratar de excusarse, fué derecha al asunto.

—Venga á preguntarle si consentirá usted que su mujer venga unos días á casa. Necesito á alguien y he pensado en ella.

Olvidió Ragú de pronto lo extraño de la visita. En una ola de ciega cólera, toda su sangre zumbó en su cráneo.

—¡Mi mujer! ¿quiere usted á mi mujer? ¡Rayo de Dios! Llévela y quédese con ella; ¡así se muera!

Este era el furor que Fernanda esperaba. Fingió sorpresa, compasión, mucha pena.

—¿Pero, siguen ustedes reñidos? Yo creí que la había usted perdonado, que se arreglaba todo, esperando al pobrecillo que va á nacer.

—¡Perdonar qué!—gritó Ragú bajo este nuevo latigazo con que azotaba la herida de sus celos.—Perdonar el hijo que le han hecho á esa zorra. ¡Conque el gusto para ella, mientras yo dejo aquí las asaduras!

—Claro que su mujer ha sido ligera; pero es tan joven, tan bonita, y es tan natural á su edad querer divertirse y dejarse vencer por los señoritos buenos mozos que la engatusan!

Cerró él los ojos ante la ardiente visión que le evocaban, loco, rugiendo:

—¡Yo le daré á ella los señoritos que la engatu-

san! ¿Y quiere usted, señora, que perdone y que críe al bastardo que me trae en la panza, como una indecente perra que es?

Entonces Fernanda fingió mucho asombro, lo soltó todo con aire de perfecta inocencia.

—Pero, entonces, ¿qué es lo que me han dicho? Yo creía la cuestión del niño arreglada. ¿No se quedó en que el padre cargara con él?

—¿Cómo cargar?

—¡Pues claro, el dueño de la Crèche, ese señor Lucas, en fin, el padre.

—¿Cómo el padre?

Ragú, estúpido, sin comprender, se había acercado y adelantaba la cara sudorosa, ardiente, hasta tocar casi el rostro delicado de Fernanda, aquella boca fresca de donde salían cosas tan extrañas.

—¿De modo que no es verdad? ¿No sabe usted nada? ¡Dios mío, cuánto siento haber hablado! Me habían dicho que estaba usted de acuerdo con el señor Lucas, que su mujer se quedaba con usted á condición de que él se llevara el niño, ya que era suyo.

Un temblor agitaba á Ragú, sus ojos iban siendo los de un loco, y seguía adelantando la mandíbula convulsa. Y furioso, rugió, perdiendo todo respeto, pues ya no había allí más que una hembra y un macho.

—¿Qué es eso que me cuentas? ¿por qué has venido á contarme eso? Querías plantármelo en las narices; lo del señor Lucas que ha dormido con mi mujer; y es muy posible, de seguro, es cierto, porque ahora veo claro y todo se explica. No tengas miedo, al señor Lucas ya le contaré un cuento; de ese me encargo yo... Pero, ¿y tú? di. ¿Por qué has venido, por qué has hecho eso?

Y le echaba en la cara un aliento tan terrible, que se asustó ella comprendiendo que se hacía dueño de la situación, que toda su destreza de mujer seductora no podría nada con esta fiera en libertad. Quiso batiarse en retirada.

—Pierde usted la razón, Ragú; ya volverá usted, ya hablaremos, si quiere, cuando esté más tranquilo.

De un brinco la estorbó el paso.

—¡No, no! Oye, tengo que decirte...

Con el miedo, descuidaba ella el peñador mal ceñido y veía el un poco de su seno, suave como seda. Sobre todo, la adivinaba desnuda, sin corsé, sin enaguas, envuelta apenas en el vestido flotante que podría desgarrar de un solo movimiento de sus manos rudas; y oía bien, como si trajera consigo todavía el ambiente del lecho, húmeda, perfumada. Acababa de volverle loco lo extraño de su visita; la carne blanca, la mujer de blanco toda que caía en su negro infierno de rojas llamas.

—Atiende: tú lo has dicho. Los señoritos guapos cortejan á nuestras mujeres y les hacen hijos... entonces, ¿qué te parece? justo es que les paguemos en igual moneda y que á veces les toque la china á sus mujeres.

Había ella comprendido; la empujaba hacia la barraca de tablones, inmundo ropero, agujero de tinieblas que tenía en un rincón harapos amontonados. También ella perdió la cabeza, se defendió, rebelde, aterrada, al acercarse el monstruoso abrazo.

—¡Déjame, ó grito!

—¡Que has de gritar; de fije no llamarás gente; tú perderías más que nadie!

Y seguía empujándola brutalmente, haciendo avanzar la mandíbula, las duras manos ya sobre ella. Un vaho de fiera brotaba de él, de su piel blanca que ella veía tras la entreabierta camisa. Su rabioso trabajo de noche, el sudor de que le había inundado, le empapaba, febril todavía, la sangre, como cocida por el horno con calor de brasa acumulado en sus venas. Fernanda se sentía desfallecer en aquella hoguera abominable, arrebatada, subyugada, sin valor ya para pedir socorro.

—Le juro á usted que grito, si no me suelta.

Pero él no hablaba, apretaba los dientes, en un frenesí en que la necesidad de sangre vertida acababa en este celo, en ese afán de violación. El último empujón la hizo caer sobre los andrajos amontonados, en el rincón infecto, lecho de ignominia. Con ambas manos había arrancado el peñador, rasgado la camisa; la tenía desnuda, la aplastaba, la quería inmóvil para evitar los arañazos. Un furor sombrío se había

apoderado de ella. Se defendía también como una fiera, en silencio; le arrancaba el pelo, le mordía el pecho y procuraba mutillarle, mientras él seguía rugiendo:

—¡Zorras, zorras! ¡Todas zorras!

De pronto dejó ella de defenderse. Una onda de abominable voluptuosidad, ola de espantosa embriaguez, llegaba á su carne en un escalofrío y aturdimiento que sumergían su voluntad y la entregaban jadeante, delirante. Y esta voluptuosidad afrentosa la producía la misma abyección en que caía; el lecho innoble, aquel retiro obscuro, apestado, el olor salvaje de aquel animal rabiado de piel sudorosa, de sangre quemada por el horno; en fin, el horror sombrío del Abismo, del monstruo que tragaba existencias, cuyas tinieblas atravesadas por llamas le producían un vértigo infernal. La vil curiosa, la perversa que había en ella, tan poco halagada por su marido y por su amante insípido, tocaba allí el fondo de la sensación. Ya consentía. Devolvió el abrazo de la bestia, ebria en su espasmo, jamás sentido, que la hizo gritar de placer loco, como la hembra á quien revienta el macho en el fondo de la selva.

Rugió, al punto, se había puesto en pie. Como el jabalí en su cubil, daba vueltas, rugía vistiéndose de prisa. La chaqueta había caído debajo de Fernanda y la empujó con el pie como un estorbo. Dos veces más, para buscar algo, la zarandéo con el pie, pensando sólo en lo que había perdido, y á cada patada, gruñía:

—¡Puerca, puerca! ¡Puerca!

Apenas vestido, encontró lo que buscaba. Era su navaja, que se le había caído del bolsillo, y estaba debajo de Fernanda. En cuanto cogió la prenda, se fué á escape, lanzando el último rugido.

—¡Ahora, al otro! ¡Voy á ajustarle las cuentas!

Fernanda, entre la ropa vieja, seguía en un espasmo, inerte, aniquilada por la violencia de la sensación, los brazos convulsos cruzados sobre la cara. Sola ya, después de un rato, se levantó con trabajo, recogió el pelo, se envolvió como pudo en los pedazos de su peñador, y tuvo la extraordinaria suerte de volverse como había venido, sin encontrar á nadie, desli-

zándose por las salas desiertas. Por fin, en su alcoba, se creyó salvada. ¿Pero que hacer de la ropa desgarrada, manchada, inmundada? Los pantuflos de terciopelo blanco estaban negros del todo, el peinador de franela blanca, tenía manchas de aceite, de carbón; la camisa, desgarrada, señales innobles. Se decidió, hizo un lío con aquella ropa que nadie había de ver, y la ocultó bajo un mueble para quemarla después, como el asesino que vuelve con el vestido cubierto de sangre. Luego, después de ponerse una camisa limpia, se acostó otra vez. Quiso olvidarlo todo, incapaz de tenerse de pie, con anhelo de dormir, huyendo del minuto inaudito que acababa de pasar. Pero en vano mudó de camisa, el olor de bestia humana lo tenía en la piel, entre el cabello guardaba el soplo de embriaguez que la había embargado. Tuvo que volver á vivir el minuto; rumió y rumió la voluptuosidad terrible entre el vaho que le impregnaba la carne, que tenía hasta en las uñas. No venía el sueño; estaba boca arriba inmóvil, sepultada bajo la ropa, con los ojos cerrados, apretadas las manos, presa de furioso recuerdo que la sacudía, que la quemaba con el continuo volver de aquel placer ignorado, atroz, con que no podía saciarse. Pasaban las horas y no se movía; era la caída inexorable y deliciosa de un vértigo sin fin.

A eso de las diez, Felicia, la doncella, entró en el cuarto, asombrada de que la señora no hubiese llamado todavía; y más impaciente porque acababa de saber una gran noticia que traía revuelto el barrio.

—¿Está mala la señora?

Como no le respondieron, esperó un instante, y después se dirigió hacia la ventana para abrir las persianas, según costumbre, pero un murmullo que venía de la obscuridad del lecho la detuvo.

—¿Es que quiere la señora seguir descansando?

Tampoco hubo respuesta. Y Felicia, que ardía en deseos de dar la gran noticia, se decidió á pesar de todo.

—¿No sabe la señora?

Un gran silencio llenaba la obscura alcoba. Un va-

go aliento salía del lecho, la vida artificial decuplada, oculta allí bajo la sofocación acre de las sábanas.

—Pues es el caso que un obrero del Abismo, el tal Ragú, ya sabe usted, acaba de matar de una cuchillada al señor Lucas, el dueño de la Crécherie.

Fernanda, como movida por un resorte, quedó sentada en el blanco lecho, despeinada, desnudo el seno entre la ropa descompuesta.

—¡Ah!—dijo simplemente.

—Sí, señora, le ha metido la navaja por detrás, entre los hombros. Dicen que fué por causa de su mujer. ¡Vaya una desgracia!

Fijos los ojos, distraídos, como si viesen lo invisible, el seno palpitante, toda la carne en tensión del espasmo, que seguía, Fernanda permanecía inmóvil, casi á obscuras.

—Está bien—dijo al fin;—déjame dormir.

Y después que la doncella volvió á cerrar suavemente la puerta, el ama se dejó caer otra vez en el desordenado lecho, se volvió hacia la pared, otra vez inmóvil. Ahora un sabor atroz de sangre se mezclaba al olor de fiera que la envolvía, y una excitación monstruosa del crimen entró en su placer. Creyó morir por la violencia de la sensación, aguda, semejante á un hierro cuya punta removiera los pliegues secretos más delicados de la voluptuosidad. Era lo inolvidable, la dicha, el espanto, el triunfo, toda la criatura nerviosa envuelta en un paroxismo de excitación; que no había conocido jamás, que no volvería á conocer, y horas y horas pasó olvidada de todo en el fondo de las tinieblas del lecho ardiente, la cara contra la pared, como si no quisiera volver á la vulgar vida cotidiana, para rumiar á lo infinito aquel placer execrable.

Eran cerca de las nueve, en la escasa claridad pálida de la mañana de invierno, cuando Lucas fué herido. Acababa de hacer, según costumbre, su visita matinal á las escuelas, y Ragú, que estaba en acecho detrás de un macizo de boneteros, se lanzó sobre él y le clavó la navaja entre los hombros, cuando llegaba al umbral sonriendo á unas niñas que le salían al encuentro. Lanzó un grito y cayó, mientras el asesino

no huía y llegaba á la falda de los Montes Bleuses, desapareciendo entre las peñas y la maleza. No estaba allí Scœurette, ocupada en la lechería al otro lado del parque. Las niñas, aterradas, escaparon también pidiendo socorro, gritando que Ragú acababa de matar al señor Lucas. Pasaron algunos minutos antes de que algunos obreros de la fábrica las oyeran y pudieran levantar la víctima, desmayada por la fuerza del golpe. Un charco de sangre manchaba ya las escaleras, rojas, como bautizadas, del ala derecha de la Casa Comunal, donde se encontraban las escuelas. Ni se pensó en perseguir á Ragú, que corría, ya muy lejos.

Lucas, á quien los obreros iban á dejar en una sala próxima, saliendo de su desmayo, les suplicó con voz débil:

—No, no; á mi casa, amigos.

Se le obedeció, y le transportaron en una camilla á su pabellón. Gran trabajo costó colocarle en su lecho, y con la fuerza del dolor volvió á perder el sentido.

Llegó Scœurette, avisada por una niña, mientras un obrero corría á Beauclair para traer al doctor Novarre. La joven, al ver á Lucas, tendido, pálido, cubierto de sangre, le creyó muerto; se dejó caer ante el lecho, junto á sus rodillas, presa de un dolor tan vivo, que el secreto de su amor se le escapaba. Le había cogido una de las manos inerte y la besaba; y, entre sollozos, balbuciente, decía su pasión combatida, sepultada en el fondo de su sér. Le llamaba su único cariño, su solo bien. Perdiéndole, perdía su propio corazón; no amaría más, no viviría más. Desesperada, no echaba de ver que Lucas, empapado en sus lágrimas, había vuelto en sí y la oía con infinito afecto y tristeza infinita.

Y murmuró con voz ligera como un hálito:

—Me ama usted. ¡Oh! ¡pobre, pobre Scœurette!

Pero á ella, sólo atenta á la placentera sorpresa de verle vivo todavía, no le pesó de su confesión, satisfecha más bien de no mentirle más, segura como estaba de amarle lo bastante para que su amor jamás le hiciera sufrir.

—Sí, le amo, Lucas; pero en mí no hay que pensar,

Viva usted y eso me basta. Su dicha no me dá pena. Viva usted, viva usted, Lucas; yo seré su criada.

En este momento trágico, ante la muerte que él creía cercana, tal descubrimiento, este amor tan mudo, tan absoluto, envolviéndole, acompañándole como ángel custodio; era de una inmensa suavidad penetrante y dolorosa.

Pobre, pobre Scœurette.

—¡Oh! Mi divina y triste amiga—murmuró otra vez con voz desfallecida.

Se abrió la puerta y entró el doctor Novarre muy inmutado. Al punto quiso examinar la herida, ayudado por Scœurette, cuyas cualidades de enfermera conocía. Hubo un gran silencio, un momento de angustia indecible. Después un consuelo inesperado, un enternecimiento de esperanza. La navaja había encontrado el omóplato y se había desviado, no alcanzando ningún órgano importante, no desgarrando más que la carne. Pero la herida era horrible, el hueso debía de haberse roto, lo cual podía traer complicaciones. Si bien no había ningún peligro inmediato, la convalecencia sería muy larga de fijo; pero así y todo, ¡qué alegría ver la muerte alejada! Lucas tenía cogida la mano de Scœurette y su dicha le hacía sonreír débilmente.

Y preguntó:

—¿Y mi querido Jordán, lo sabe?

—No, nada todavía; se ha encerrado hace tres días en su laboratorio. Pero voy á traerle. ¡Ay! amigo mío, qué feliz me hace la seguridad que nos dá el doctor.

Embelesada, dejaba su mano en la del herido cuando la puerta se abrió otra vez. Entró Josina. Corría á la primer noticia del crimen, trastornada, loca. Se cumplía lo que ella temía. Algún miserable había entregado su querido secreto, y Ragú acababa de matar á Lucas, el esposo, el padre. Acabada estaba su vida, ya nada tenía que ocultar; allí moriría, en su casa.

Al reconocerla, Lucas lanzó un ligero grito. Había sollado con prisa la mano de Scœurette y tendía ambos brazos.

—¡Ah! ¡Josina, eres tú, vuelves á mí!  
Y, como tambaleándose, pesada, por causa de su maternidad muy avanzada, se desplomaba ella sobre el borde del lecho, comprendió su angustia mortal y la tranquilizó.

—Vuelve á mí, con el hijo querido, Josina, y no te atormentes; viviré, el doctor lo asegura, viviré para los dos.

La vida volvió á ella en un gran suspiro. ¡Dios mío! ¿Se cumplía, pues, el invencible anhelo, lo que ella esperaba de la vida que parece tan dura y que cumple lo necesario? ¡Viviría él, y aquella espantosa puñalada los había reunido para siempre!

—Sí, sí, vuelvo á ti, Lucas; volveremos á ti, y esto se ha acabado; ya nunca nos separaremos, puesto que ya nada tenemos que ocultar. Acuérdate que te había prometido volver cuando me necesitaras, cuando no fuese estorbo, sino ayuda; con este hijo querido, lazo que nos dará una fuerza nueva. Todos los demás lazos están rotos; yo soy tu mujer ante todos, mi sitio está aquí, á tu cabecera.

La alegría hizo llorar á Lucas.

—¡Ay! ¡querida Josina, el amor y la ventura entran contigo!

Pero de pronto, se acordó de Sœurette. Levantó los ojos y la vió al otro lado del lecho, en pie, un poco pálida, pero sonriendo. Con ademán cariñoso, volvió á tomarle la mano.

—Mi buena Sœurette, era un secreto que tuve que ocultar á usted.

—Tras un ligero temblor, dijo ella con sencillez:

—¡Oh! Yo lo sabía; había visto á Josina una mañana salir de casa de usted.

—¡Cómo! ¡Lo sabía, usted!

Lo adivinó todo y sintió una lástima, una admiración, una ternura infinita. Aquel amor que renunciaba, mostrando un afecto sin fin, en el don de la vida entera, le conmovía, le exaltaba como acto del más elevado, del más puro heroísmo. Quedo, casi al oído, añadió ella:

—No tema usted, Lucas; lo sabía, nunca seré más que la más fiel y fraternal amiga.

—¡Ah! Sœurette—repitió él con voz apenas perceptible;—¡ah! ¡divina y triste amiga!

Viéndole tan fatigado el doctor Novarre, intervino, y le prohibió en absoluto hablar.

Sonreía discretamente el amable doctor al enterarse de todo aquello. Le parecía muy bien que su herido tuviese una hermana y una mujer para cuidarle; pero había que ser razonable; no llamar la fiebre con tanta emoción. Lucas prometió ser muy juicioso, no hablando más, contentándose con mirar cariñoso á Josina y Sœurette, sus dos ángeles, uno á la derecha y otro á la izquierda de su lecho.

Hubo un silencio prolongado. La sangre del apóstol había corrido; aquel era el calvario, la pasión de donde iba á salir el triunfo. Vió acercarse á las dos mujeres en torno suyo, y el herido volvió á abrir los ojos para sonreirlas. Luego, al dormirse, murmuraba:

—Por fin el amor ha venido; ahora venceremos.

V

Hubo complicaciones que pusieron á Lucas en gran peligro. Durante dos días se le creyó muerto. Josina y Sœurette no se apartaban de su cabecera. Jordán se pasaba las horas sentado junto al lecho del dolor, abandonando su laboratorio, lo cual no había hecho desde la enfermedad de su madre. Desesperados aquellos tres corazones cariñosos, á cada momento temían recibir el último suspiro del sér querido.

La puñalada con que Ragú había herido á Lucas había conmovido á la Crécherie. En los talleres, á pesar del duelo, continuaba el trabajo; pero á cada instante se pedían noticias; todos los obreros se sentían solidarios, unidos á la víctima por el mismo afecto. El crimen absurdo, la sangre que había corrido, estrechaba el lazo fraternal más que varios años de expe-